

Hacia un nuevo humanismo

Sacrificio mudo, sangre sin palabra
María Zambrano

A veces se ha reprochado a María Zambrano el haber sido una *esteta*, una pensadora suspendida en los espacios de alto vuelo, sólo accesibles a esas almas hiperbóreas que no logran hundir sus pies en la tierra. E, incluso, se le ha tachado de *mística*, con todas las connotaciones despectivas que dicho adjetivo despierta en cierta *progresía* intelectual española.

Ciertamente, estos descalificativos responden a un total desconocimiento de la génesis y evolución de la obra zambraniana, pues su origen no es otro que el intento de hallar una salida –o al menos presentirla– a esa terrible crisis que se aboca y estalla sobre Europa, y más concretamente sobre España, durante el primer tercio de este siglo. Crisis a la que no se supo dar las soluciones más oportunas, sino aquellas otras nacidas de la desesperación, como fueron el nazismo y el fascismo, que sembraron de sangre el viejo continente.

Es en esta situación caótica, que hace de la realidad un laberinto enmarañado y enfrenta al sujeto a un callejón sin salida, donde hay que enclavar las raíces del pensamiento de María Zambrano. De lo contrario, su discurso se trastoca en un lenguaje hiperbólico y delirante, carente de sentido.

Los *delirios* zambranianos son otros, son aquellos que sufre todo ser cuando se enfrenta a su destino. «*Delirio y destino*» que en la vida y obra de esta pensadora, como en la de todos sus compañeros de generación, se dan siempre como inseparables.

Fue el *delirio* de esos jóvenes que, guiados por el amor y la esperanza de una nueva España, pretendieron restituir la continuidad de una historia escindida entre un pasado glorioso y un presente vivido como derrota. Ese fracaso que anunciaba la pérdida de las últimas colonias españolas y que exigía un cambio de rumbo, un nuevo horizonte desde el cual resituarse otra vez al ser humano en su vida y en su historia.

Era el afán por desenmascarar los viejos valores caducos de esa España «oficial», refugiada en el tradicionalismo, para dar paso a esa otra España «viva», todavía naciente, que apostaba por un nuevo «*proyecto de hombría*», fundamen-

* Profesora de Filosofía en el I.B. «La Sisa» de Sonseca (Toledo).

tado en la fraternidad como único supuesto absoluto. Mas, tal proyecto nunca podría ser destilado de esa razón idealista que había sumido al ser humano en la mayor de las soledades. Estos jóvenes no buscaban un nuevo concepto de lo humano, derivado de todo un entramado teórico, sino una nueva *intuición* de la humanidad, un conocimiento inmediato de la vida, que excede el ámbito de lo meramente racional.¹

Es en esta fe quijotesca² en una humanidad más fraterna y solidaria –pues no otra fue la enseñanza de Don Quijote– donde se gesta la *razón poética* zambrana como una razón, más allá de la razón, que busca crear el espacio de encuentro con los otros, abrir el lugar del diálogo con la otredad. Un *logos* que recupera, así, su sentido originario de palabra, pero *palabra de comunión* que enlaza y reúne lo disperso, que pone en acuerdo aquello que se presenta como distante y separado. Palabra que sólo encuentra en la poesía su ámbito y nunca en los estrechos marcos de una filosofía sistemática.

José Angel Valente ha destacado muy acertadamente este carácter teologal de la razón zambrana al definirla como «un saber de la palabra como lugar de la reconciliación».³ Un saber que inscribe en esa *teología del logos* que ve en la poesía el recinto de la revelación del Ser, el espacio donde el Ser se muestra en toda su unidad y plenitud. Tradición a la que también pertenece Martin Heidegger al señalar la palabra poética como «la casa del ser»,⁴ como templo donde acaece lo sagrado. «La palabra es el decir fundante»,⁵ es aquella que nombra a las cosas en su ser, aquella que, trascendiendo su mero valor de uso, es receptora de la esencialidad de las cosas. El poeta, por ello, es un mediador entre lo divino y lo humano, un *semidios* que convoca en su lenguaje aquello (lo sagrado) que funda, a un tiempo, a los dioses y a los seres humanos. Este mediador «alcanza a entrar en la relación de la palabra con la cosa»,⁶ coincidiendo aquí Heidegger con esa otra vieja sentencia de Fray Luis de León: la poesía nos fue otorgada «para que las palabras y las cosas fuesen conformes».

Al igual que el filósofo alemán, María Zambrano encuentra en este saber que encierra la palabra poética el único modo de combatir la situación de aislamiento que vive el ser humano contemporáneo, guiado por la vieja razón idealista.

1 «Este proyecto de hombre, esta intuición del hombre tenía que ser eso: una intuición, la inteligencia sola no podía ofrecerla», María Zambrano: «La inteligencia y el fascismo», recogido en «Los intelectuales en el drama de España», *Senderos*. Barcelona, Anthropos, 1989, p. 37

2 «Es la nobleza esencial del hombre lo que Don Quijote cree y crea, la mutua confianza y reconocimiento», María Zambrano, «La Reforma del Entendimiento Español», recogido en «Los intelectuales en el drama de España», *Senderos*, p. 98

3 José Angel Valente: «Del conocimiento pasivo o saber de quietud», *Cuadernos del Norte* (Oviedo), Año II, n° 8, julio-agosto, 1981, p. 8

4 M. Heidegger: «¿Para qué ser poeta?», en *Sendas Perdidas*, Losada, Buenos Aires, 1960, p. 256

5 M. Heidegger: *Interpretaciones sobre la poesía de Hölderlin*. Barcelona, Ariel Filosofía, 1983, p.95. Traducción de José María Valverde.

6 M. Heidegger: «La esencia del habla», en *De camino al habla*. Barcelona, ODOS, 1990, p. 152. Traducción de Yves Zimmermann.

Ya desde sus primeros ensayos –reunidos bajo el título *Los intelectuales en el drama de España* (1936-1939)– Zambrano intuye que la salvación de esa Europa decadente no está en una Reforma del Entendimiento, como las llevadas a cabo en toda época de crisis, pues toda Reforma conduce a una situación paradójica: por un lado, se desconfía del papel de la razón en su intento de ofrecer una explicación satisfactoria de lo real; pero, por otro, se deposita en ella una absoluta confianza como único instrumento con que contamos para relacionarnos con lo circundante. De esta esperanza puesta en el Entendimiento nace la Crítica de la Razón.

Frente a tal Crítica caben dos posibilidades: la primera consistiría en un análisis minucioso de tal facultad con la intención de descubrir los errores de su funcionamiento y poder, así, rectificarlos más tarde. Opción ésta adoptada por toda la corriente racionalista-idealista en su distanciamiento y separación de la filosofía medieval. Y la segunda, que trataría de reclamar la atención sobre esas regiones del Ser no iluminadas por la razón y tachadas de inexistentes por toda la tradición metafísica, reabriendo el viejo debate entre lo racional-real y lo irracional-irreal. Esta segunda posibilidad, llevada a su extremo, desencadenó el estallido irracionalista de las vanguardias artísticas de principios de siglo (daísmo, surrealismo, cubismo, etc.).

María Zambrano no acepta ninguna de estas dos posturas, ninguna de estas dos opciones se le presentan como caminos a seguir.

La primera de ellas le resulta totalmente inadmisibles al creer que el Idealismo y su fe desenfrenada en la razón han conducido al ser humano a una trágica dualidad entre su ser y su razón, entre su vida y sus ideas. La filosofía idealista es la culpable de que las ideas hayan dejado de servir a la vida y la vida, por contra, se haya puesto al servicio de las ideas.⁷ El origen de esta escisión se sitúa en la identificación con que se inicia la propia Filosofía entre la naturaleza de la razón y la naturaleza del mundo y del ser humano, identificación que en Hegel encuentra su máxima expresión («todo lo real es racional y todo lo racional es real»). Con esto se pretendía resuelto, de una vez por todas, el problema de la relación entre el sujeto y la realidad: todo lo que no cayese bajo la luz del Entendimiento era desterrado y olvidado como inexistente.

La segunda opción tampoco es válida para la pensadora. María Zambrano considera que el Irracionalismo adopta una postura escéptica y nihilista al negar toda esperanza de un futuro más halagüeño. Más bien, es la desesperación ante lo caótico del momento la que despierta estos brotes irracionales.

Zambrano se sitúa en un espacio intermedio entre ambas posibilidades: por una parte, no renuncia a la razón, pues ve claramente la necesidad de todo ser humano de explicitar lo confuso y enigmático de su realidad personal e históri-

⁷ «Las ideas han dejado de ser para la vida, y la vida, por el contrario, ha llegado a ser para las ideas», María Zambrano: «La Reforma del Entendimiento», en *Los intelectuales en el drama de España*, p. 75.

ca (alejándose, con ello, del Irracionalismo); pero, por otra, considera como insuficientes –e incluso como un obstáculo– las soluciones aportadas por el dogmatismo metafísico para afrontar la problemática del individuo actual.

Tal dogmatismo, al rechazar el movimiento propio de la vida (apariencias) y situar el verdadero mundo en lo inamovible e imperecedero (en un transmundo), hace del *logos* una razón desencarnada que trasciende la vida y deja al ser humano sin un lugar habitable.

El sujeto, por ello, se siente despedido del mundo, arrojado de lo real, sin encontrar un espacio donde poder afianzar su peso, vive como un desterrado, como un exiliado: más que sobre una tierra que acoge y sustenta, el ser humano parece estar depositado sobre las aguas de las que como un sol naciente apenas emerge.⁸

«Recae, pues, –según Zambrano– en pleno sobre el exiliado toda la ambigüedad de la condición humana».⁹

Ambigüedad que también nos descubrió Rilke en sus *Elegías Duinesas*. Para el poeta, el ser humano arrastra la imposibilidad de fundar algo perdurable en la tierra, pues su conciencia –ese don con que interpreta y delimita el mundo– le lleva a estar de espaldas a la verdadera realidad, le hace estar vuelto hacia el otro lado de lo «abierto» (ese espacio angélico de la presencia pura y absoluta):

..... sólo nuestros ojos están como invertidos y colocados a su alrededor a manera de trampas.¹⁰

(VIII Elegía)

Alejados de ese espacio puro, andamos errantes, deambulando sin meta como viajeros infatigables, incapaces de arribar definitivamente a parte alguna:

Así vamos nosotros, siempre en despedida

(III Elegía)

distanciados de un lugar seguro y viviendo en un continuo exilio:

¿Quién nos colocó así, de espaldas, de modo que hagamos lo que hagamos siempre estamos en actitud de aquél que marcha?¹¹

(VIII Elegía)

8 M. Zambrano: «La experiencia de la Historia», *Senderos*, p.12

9 M. Zambrano: «Carta sobre el exilio», en *Cuadernos del Congreso para la libertad* (París), n° 49, junio, 1961, p. 65

10 R. M. Rilke: *Elegías Duinesas y Poemas a la Noche*. Madrid, Ediciones Rialp, colección Adonais, n° 255-256, 1968, p. 91. Estudios, versión y notas de J. Ferreiro Alemparte.

11 R. M. Rilke: *Ibidem*, p. 95

Exilio humano, pero también de la palabra, pues los conceptos con que acostumbraba a nombrar el mundo le resultan, ahora, inadecuados para expresar la nueva realidad. Estos se le aparecen como algo muerto, como «conceptos sin vida ya, de cosas que han sido y ya han dejado de servir».¹²

«Residuo de metáforas»¹³ les llamaba Nietzsche, para quien los conceptos nunca alcanzaron «la expresión adecuada de un objeto en el sujeto», sino «un extrapolar alusivo, un traducir balbuciente a un lenguaje completamente extraño».¹⁴ La pretendida verdad que encierra tras de sí toda idea queda reducida a:

Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realizadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes.¹⁵

En esta misma línea desenmascaradora podríamos interpretar las siguientes palabras zambranianas:

Las ideas han perdido su maravillosa realidad de intermediarias, de ventanas comunicadoras, poros por donde la inmensa realidad penetra en la soledad del hombre para poblarla y alimentarla, y se convierten en una pálida imagen de sí mismas, en una mistificación de las ideas verdaderas.¹⁶

Se sufre, ante esto, el distanciamiento insalvable entre las palabras y las cosas, la experiencia de la inutilidad del lenguaje que transmuta nuestra realidad –tanto externa como interna– en algo inefable, innominable. Tal experiencia recorre buena parte de la Literatura de este siglo, pero un lugar privilegiado donde ésta se revela es en *La Carta de Lord Chandos* de Hugo von Hofmannsthal. En ella se nos relata la renuncia de un joven escritor a la Literatura al verse incapacitado para transcribir en palabras esa realidad mágica y animística que le despiertan los objetos cotidianos:

las palabras abstractas que usa la lengua para dar a luz, conforme a la naturaleza, cualquier juicio, se me descomponían en la boca como hongos podridos.¹⁷

12 M. Zambrano: «La experiencia de la Historia», *Senderos*, p.36

13 F. Nietzsche: *Verdad y Mentira en sentido extramoral*. Valencia, Cuadernos Teorema, 1980, p. 11. Traducción de Luis M. Valdés y Teresa Orduña.

14 F. Nietzsche: *Ibidem*, p. 13

15 F. Nietzsche: *Ibidem*, pp. 9-10

16 M. Zambrano: «La Reforma del Entendimiento», p. 75

17 Hugo von Hofmannsthal: *Carta de Lord Chandos*. Murcia, Colección de Arquitecturas, 1981, p. 30. Traducción de José Quetglas.

Esta situación de exilio del *hombre contemporáneo* y de su palabra conduce a María Zambrano a señalar la urgencia de «una nueva y más compleja crítica del Entendimiento».¹⁸ Una crítica que ensanche el ámbito de la razón hasta las zonas no iluminadas del Ser, una reforma que devuelva al logos su carácter dinámico –frente a su viejo estatismo– y lo asimile al fluir de lo viviente. En definitiva, lo que busca la pensadora es una razón más humana, una razón vivificante y vivificadora en la que se empiezan a delimitar los contornos de su *razón poética*.

En una carta a Rafael Dieste, fechada en La Habana el 7 de noviembre de 1944, Zambrano nos deja claro su propósito:

Hace ya años en la guerra sentí que no eran «nuevos principios ni una Reforma de la Razón», como Ortega había postulado en sus últimos cursos, lo que ha de salvarnos, sino algo que sea razón, pero más ancho, algo que se deslice por los interiores, como una gota de aceite que apacigua y suaviza, una gota de felicidad. Razón poética... es lo que vengo buscando.¹⁹

No es extraño, según la pensadora, que esta exigencia de una razón más humanizada brotara en las generaciones más jóvenes de un pueblo caracterizado por su ateoricismo y no en la vieja Europa.

En España, el Idealismo apenas hizo presa en sus gentes, siendo por ello apartadas y discriminadas por la Europa culta. El pueblo español ha sabido vivir con muy pocas ideas, a las que se ha aferrado y defendido –precisamente por ser tan pocas– como si de un objeto valioso se tratara. Mas, este desinterés por los grandes sistemas de la filosofía no responde a una falta en España de interés por el conocimiento, sino a que han sido otros los saberes, distintos de las formas clásicas europeas, los que han alimentado a este pueblo.²⁰ Sabiduría que rezuma de esa tradición novelística que se despliega desde Cervantes a Galdós.

En tal tradición encuentra Zambrano el germen de la fe en la humanidad que reivindica la joven inteligencia española, pues la novela supone una aceptación de lo humano y su fracaso en la historia, del fracaso que acompaña siempre a aquello que no logra alcanzar el rango de lo real y se queda en «ente de

18 M. Zambrano: «La Reforma del Entendimiento», p. 78

19 M. Zambrano: «Carta a Rafael Dieste» (La Habana, 7 de noviembre de 1944), publicada en *El Boletín Galego de Literatura*, Universidad de Santiago (Santiago de Compostela), nº 5, mayo, 1991, p. 101

20 «Mientras Europa creaba los grandes sistemas filosóficos desde Descartes a Hegel, con sus consecuencias; mientras descubría los grandes principios del conocimiento científico de la naturaleza desde Galileo y Newton a la física de la Relatividad, el español, salvo originalísimas excepciones individuales, se nutría de otros incógnitos, misteriosos manantiales de saber que nada tenían que ver con esta magnificencia teórica», M. Zambrano: «La Reforma del Entendimiento Español», en *Los intelectuales en el drama de España*, p. 89

novela». Así el ser humano, quien no consigue hacer del mundo algo logrado, sino un escenario de ficción, de novelería.

La Filosofía también parte de la experiencia fracasada del sujeto como de alguien necesitado de visión, pero ésta busca en la luz de las ideas un lugar de cobijo. La novela, en cambio, no huye del fracaso, sino que se mantiene y sostiene en él. Halla en el fracaso una esperanza, un asidero donde sustentar la vida.²¹

Esa vida fracasada de Don Quijote que le exilia a la locura y encuentra en ella la fuerza precisa para salir, en hora temprana, a deshacer entuertos. Voluntad quijotesca de un reino regido por la justicia, único peso que sostiene a tan leve figura. Querer, «voluntad pura», que le lleva de andanza en andanza, allí siempre donde hay alguien necesitado. Cervantes nos despierta, a través de su personaje, el amor olvidado en el ser humano, amor que descubre en el otro un hermano, un igual, un semejante:

Si Cervantes hubiese hecho filosofía –nos dice Zambrano– partiendo del fracaso de Don Quijote, si hubiese adoptado una actitud reformista para encontrar las bases de un nuevo conocimiento sistemático, hubiese hallado las bases humanas de una nueva convivencia, un sentido del prójimo ausente por completo de la cultura europea, más ausente a medida que avanzaba el idealismo.²²

Voluntad férrea, igualmente, la de esos personajes femeninos de Galdós –Nina, Fortunata– que no hacen de la vivencia del fracaso una derrota, sino que hay en ellas anidada una esperanza que les permite afrontar el destino con la fuerza indestructible de una roca.

Mas esta sabiduría que revela la novela se ha enraizado únicamente en el pueblo, en las clases populares. Es, ante todo, un saber popular que se transforma en algo cercano al instinto en sus gentes. Un instinto apegado a la vida, a la madre tierra, que hace amar a todo lo que en ella se debate, que hace de España, frente a la mortecina Europa, algo vivo. Esa España «viva» en la que María Zambrano y su generación depositaron su confianza como aquella que lograría la salvación de la decadencia europea y de la anquilosada España «oficial»:

Es la hora de que España acepte íntegramente la voluntad de su pueblo y la objetivice sin temor ni precipitación, en un Estado que a Europa, la Europa declinante y al mundo todo, pero especialmente a aquel continente que habla nuestro idioma, le devuelva la confianza en el hombre.²³

21 «El novelista no construye ni añade nada a sus personajes, no reforma la vida, mientras el filósofo la reforma, creando sobre la vida espontánea, una vida según pensamiento, una vida creada, sistematizada», M. Zambrano: «La Reforma del Entendimiento Español», p. 96

22 M. Zambrano: *Ibidem*, p.97.

23 M. Zambrano: «La Reforma del Entendimiento Español» p. 104.

El enfrentamiento de estos jóvenes al fascismo, a esa fosilizada «España caínita», surge de este «senequismo español», de esta resignación a la vida, de este andar en lo concreto, en la tierra firme, sin pretender remontar el vuelo, sin despegarse de la «matria», de la materia madre que nos funda. Amor a la entraña que nos descubre también Neruda en su *Residencia en la tierra*, amor a lo oculto donde macera las formas, a la ubres oscuras no violadas aún por la luz que define y distancia figuras. Pues, «la materia no engendra amor de definición, amor que ansía la figura, sino amor pegado a la materia misma, que se deshace contra ella, que en ella se hunde apeteciendo fundirse en sus entrañas».²⁴

Este logos de la materia, esta razón «maternal» del senequismo constituye el tejido de esa sabiduría popular. El de Séneca es un «saber mediador», una «razón dulcificada» que retoma la antigua fe de los presocráticos en un mundo susceptible de armonía, de música.²⁵ Esa fe de Heráclito y los pitagóricos de descubrir en la realidad su razón y medida, su orden y ley.

Vida y razón, razón y vida en una alianza indisoluble. Unión intuita y vivida por el pueblo español que le lleva a luchar contra todo poder que represente un enemigo para la vida. Ese enemigo no era otro, según Zambrano, que el fascismo:

Es incompatible el fascismo con la confianza en la vida; por eso es profundamente ateo: niega la vida por incapacidad de ayuntamiento amoroso con ella, y en su desesperación no reconoce más que a sí mismo.²⁶

La defensa de los valores del tradicionalismo ejercida por el fascista convierte al pasado en un fósil, en un ente petrificado e inmóvil que actúa de dique de contención al discurrir del tiempo; niega el tiempo, ese cauce por donde fluye lo viviente, dejándolo estancado y aprisionado. El fascismo comete el mismo error que el Idealismo: enquistada la vida en lo eterno, en la atemporalidad, impidiendo que ésta se desarrolle.²⁷

Había que acabar, pues, con esta historia apócrifa. Pero, ¡cuánta vida costó salvar la vida!

La esperanza de esos jóvenes, guiados por la piedad, se vio pronto teñida de sangre, esa sangre del sacrificio con la que se hace la historia. Y su verdad quedó sepultada bajo tierra, mas como semilla que espera ver algún día cum-

24 M. Zambrano: «Pablo Neruda o el Amor a la Materia», en *Los intelectuales en el drama de España*, p. 150.

25 «El pensamiento que de él (Séneca) mana no es coactivo; y tiene algo de musical. Son acordes que acallan, duermen y suavizan, al revés de esas otras filosofías que nos obligan a estar horrorosamente despiertos», M. Zambrano: *El pensamiento vivo de Séneca*. Madrid, Cátedra, 1987, p. 31

26 M. Zambrano: «La inteligencia y el fascismo», en *Los intelectuales en el drama de España*, p. 37

27 «Hay una cáscara en el fascismo, hay un nudo estrangulado en el alma del fascista que le cierra la vida. Es la misma que veíamos en el Idealismo europeo hacia la realidad», M. Zambrano: *Ibidem*, p. 36

plido su fruto, el fruto de «una razón germinativa, germinante en lo escondido de la historia, en su centro vivo».²⁸

Y al resto, a los supervivientes, les esperaba el mismo destino de Antígona: verse lapidados en vida por la historia, doblemente exiliados de la tierra y la palabra; condenados a ese lugar sin nombre entre la vida y la muerte, allí donde se revelan las grandes verdades, esas verdades que, nacidas de los ínfimos del dolor, espera comunicar alguna vez para que la Historia no se estanque en el pasado, sino que fluya y continúe.²⁹

28 M. Zambrano: «La Experiencia de la Historia», p. 15

29 M. Zambrano: «Carta sobre el exilio».